Este sería un aspecto válido para reflexionar sobre esta parábola, pero también es posible considerarla desde la respuesta que cada uno da a los talentos que ha recibido. Está la respuesta mezquina de quien busca seguridad, es la de aquel que entierra el talento por temor a perderlo. Otros, en esta misma línea, lo consideran como una riqueza de la cual se sienten seguros y orgullosos. En esta actitud se considera al talento recibido, como una suerte de privilegio hereditario, que no es necesario que me preocupe, porque lo poseo como algo estable, sea por el nivel social en el que he nacido, o por la familia o el apellido, es decir, poseo el talento como una riqueza que me permite vivir sin mayores esfuerzos. En esto deben reflexionar mucho los padres respecto a la vida “regalada” de sus hijos. También esto es criticado en la parábola.

Existe otra respuesta posible, que es aquella que comprende el sentido y la responsabilidad del talento recibido. Hablaría del talento como un don, algo gratuito, que se convierte en una tarea. No debo entenderlo como mérito personal, sino como algo que se me entrega para que lo haga producir. No basta con custodiarlo, con enterrarlo, se me ha dado como un bien que debe enriquecer también a los demás. Aquí deberíamos hablar de la responsabilidad y el esfuerzo para multiplicar el talento recibido, tanto para nuestra propia realización como para ponerlo al servicio de los demás. Cuánta gente depende de que hagamos producir los talentos que hemos recibido.

Como vemos, siempre aparece al hablar del hombre el tema del egoísmo y la generosidad, del individualismo y la solidaridad. El primero, aquel que entierra su talento vive con mezquindad y sin horizontes sociales el don recibido. El que los multiplica, en cambio, ha comprendido que su vida, sus talentos, tiene un significado no sólo para él sino para los demás. Volvemos a encontrar ese principio de la moral cristiana que nos dice: todo hombre es mi hermano. El multiplicar la riqueza del talento recibido, sin espíritu de generosidad, nos endurece espiritualmente. Esto es lo negativo de muchas doctrinas neo-liberales que, alentando el crecimiento económico como el desarrollo personal en un sentido individualista, van ensanchando la brecha entre ricos y pobres. Nos llevan hacia una sociedad dual, donde existen unos y otros. Este desarrollo que nos empobrece culturalmente, carece de legitimidad evangélica.

Que la sencillez de esta parábola nos haga gustar el sentido y la grandeza de poner nuestros talentos al servicio de nuestros hermanos. Reciban de su Obispo, junto a mi afecto y oraciones, mi bendición en el Señor.

Mons. José María Arancedo
Arzobispo de Santa Fe de la Vera Cruz